



*autografía*

# UN TIPO PECULIAR

César J. Ontalvilla

---

22	151
23	157
24	163
25	165
26	170
27	172
28	179
29	185
30	188
31	196
32	198
33	204
34	215

---

*A mis hijos, David y Víctor,  
siempre.*

---

---

---

---

# 1

—Le pido caridad con un pobre.

Un rostro demacrado, asediado por una barba hirsuta de varios días, apareció de forma abrupta ante mis ojos.

Rebusqué en mis bolsillos, saqué un billete de cinco y se lo di. No tenía más, pero me dio igual. La miseria que últimamente me acorralaba, no debió sentirse traicionada.

—Que Dios le bendiga –agradeció el pedigüeño con sonrisa cinematográfica.

— ¿A quién? ¿A mí?

Vi la sorpresa en sus ojos turbios.

—Ehhh... bueno... sí, vale -balbucí desorientado.

A mí Dios jamás me bendijo y hasta es posible que el diablo me haya escupido un par de veces. En cualquier caso, la verdad es que me importa una mierda si alguien de ahí arriba me tuvo en cuenta alguna vez; cosa de la que, por otro lado, tengo serias dudas.

En estos momentos, me preocupaban más las minucias terrenales. Acababa de mandar al otro barrio a un perfecto hijo de puta y lo hice disfrutando; lo juro. Un bastardo al que la

---

justicia o la ineptitud de los leguleyos de turno no pudieron probar que fueron sus gónadas las causantes del drama que habrían de vivir dos criaturas el resto de sus vidas.

Creo que al tipo no le dio tiempo a darse cuenta de que la palmaba. Antes de caer, intentó agarrarse a las solapas de mi chaqueta y, asqueado, le lancé sin contemplaciones contra la pared que tenía a su espalda.

Además, aquella basura había conseguido ponerme de mal humor. Al reventarle el costado de un tajo no sé qué arteria pude rozar, pero un chorro de sangre me bañó el brazo derecho hasta el codo, viéndome obligado a limpiarlo como pude con las ridículas chorreras de su camisa color burdeos. La operación me llevó unos minutos, pero aún notaba mis dedos viscosos, sucios de aquel fluido repugnante.

Recuerdo su mirada incrédula, sus ojos vidriosos, de moribundo convencido de que esas cosas no podían pasarle a él. Luego, fue deslizándose despacio, dejando un rastro escarlata en el muro, como si alguien se hubiese entretenido en arrastrar el trasero por la pared tras vaciarse de pesos muertos.

El macarra quedó en el suelo en posición fetal, con una mano sujetándose las tripas. En la otra, presa de espasmos violentos, tres ostentosos sellos de oro destellaron bajo la débil luz de la farola, gritándome que no los abandonase allí. Me acuclillé junto a él y le desvalijé con parsimonia. No sé si en medio de los espasmos, se dio cuenta de que le estaba choricando la hojalata, pero daba igual. Luego, me largué procurando que las prisas no me delataran. Excepto los anillos, el tipo estaba pelado, nada de valor que me hiciese la travesía más llevadera.

---

Si la providencia no lo remediaba, me vería obligado a pegar un par de sablazos a los primos habituales.

Es curioso. A éstos, siempre les aseguro que voy a devolvér-selo, que estoy acabando una mala racha, les hago un par de pucheros y el caso es que funciona. En el fondo, ellos saben que eso jamás va a suceder, pero los primos tienen cosas así. Son maravillosos, como de la familia.

Con los escasos céntimos que me quedaban le compré a la pipera del barrio un par de cigarrillos sueltos, la cual me miró alarmada al constatar el tono rojizo de mis dedos. Luego, con gesto de viva repulsión, empujó hasta el cajón con un bolígrafo las monedas que abandoné sobre el mostrador.

Aquella maniobra me sentó mal, la verdad. Sujeté el Bic con una de mis manos y acerqué mi rostro al suyo.

—Me he rascado tanto el culo que me he hecho sangre. ¿Quieres verlo? -le dije con risa sardónica.

Profirió un gritito y se santiguó horrorizada. Luego, desapareció detrás de una mugrienta cortina con precipitación.

Salí de nuevo a la calle. Era viernes y la excitación podía percibirse en el interior de las tabernas. Una abigarrada amalgama de individuos se apiñaba en torno a las mesas, cubiertas de vasos y restos de comida. Ellos gesticulaban gritando como si fuese el último día de sus vidas, se carcajeaban mientras palmeaban sus rodillas; se incorporaban y volvían a sentarse. Apenas los separaba un par de palmos, pero aullaban como si unos y otros se hallasen a ambos lados del mundo.

---

Ellas, por el contrario, acercaban sus boquitas pintadas a la oreja de las otras y reían con rebozo, en tanto se tapaban la nívea dentadura con la palma de la mano. Supuse que la cebolla de las ensaladas, aún no estaba bien digerida.

A una de ellas, que se le habían quedado enredados los ojos en los míos al pasar ante la puerta, le hice ademán de lanzarle un beso obsceno. Reaccionó como una pánfila. Descolgó la mandíbula hasta las tetas y voló a farfullarlo con el resto de comadres.

La noche era magnífica, de las que anuncian ríos de ron y mojito bajo la luz de la luna, de tipos con anchas camisas de lino flotando al viento y cubata en ristre, cubos de gomina para convertir la greña en puro engrudo y cincuentones calvotrotas transmutados en intrépidos transgresores del pudor.

¡Joder, qué sociedad!

No me juzguéis mal. Sé quién soy y el estercolero es la ancha avenida por la que discurre mi vida. También sé que mis aspiraciones no van más allá del escogido círculo en el que me muevo, pero al menos, no cometo la torpeza de travestirme con falsa decencia ni busco parecer otra cosa que jamás seré. Estoy seguro de que, al final, terminaría por vérseme el culete.

Me llamo Pedro Zaballa, aunque algunos me llamen Yoni, como suena. No es que me vuelva loco el apodo, pero como es inevitable, deseo que se escriba así. Las haches intercaladas son zarandajas que se descuelgan y me hacen tropezar.

Yo iba para figura del balonmano en la liga nacional, pero un mal día un tipo enorme, con cara de acémila, me cayó sobre el brazo derecho y oí crujir el codo como una rama seca.

---

A partir de ese momento supe que mi futuro atlético había concluido de la forma más burda que nunca pude imaginar.

Pasé varios meses con el remo en cabestrillo y los ánimos buscando a alguien que les palmeara las espaldas. Fue difícil, pero me permitió parar y darme cuenta del panorama tan desolador que tenía enfrente, esperándome. Hoy, a mis treinta y dos años, sin oficio ni esperanzas de que las cosas cambien, estoy donde he podido, apiolando infectos proxenetas, mafiosos y traficantes que han eludido los tentáculos de la ley y viajan por la vida encapsulados en la impunidad.

Yo, como ellos, también llevo dentro el infierno, pero al ser mi menda quien maneja la sorpresa, me permite apretar el gatillo primero. Así pues, que les den. He aprendido a dominar mis escrúpulos y no voy a pedirle excusas a nadie.

---

## 2

Estaba cansado y me dirigí al Storm, mi garito preferido. Es uno de esos que no cierra en toda la noche, donde al fracaso se le ponen los morros saltones y a las golfas entradas en años les entran complejos maternos con individuos de mi pelaje. Te abrazan con ternura y te arrullan entre sus abundantes cántaros mientras me dejo hacer, aún a riesgo de saltarte un ojo con uno de esos pezones gordos y duros como tapones de garrafón.

Hacía semanas que no empujaba su puerta, pero sabía que no habría grandes novedades. Entre sus oscuras paredes de ladrillo de pega, el tiempo permanece detenido, incólume a los embates de modas o tendencias sobrevenidas de postmodernos de última hornada. Es el refugio de los perdedores, un metrónomo implacable que marca el monótono ritmo vital de los abandonados a su suerte.

Fui directamente a los lavabos. Me quité la camisa rayada y metí mis manos bajo el chorro de agua con desesperación. Estuve restregando un buen rato hasta casi despellejarlas. Era agradable la sensación de frescor. Parecía liberarte de los

---

últimos despojos de aquella basura que minutos antes había enviado a las tinieblas.

Volví al salón, arrimé un taburete a la barra y me derrumbé sobre ella. Apenas media docena de habituales a los que saludé con desgana.

—Hola, Yoni. Me alegro de verte de nuevo.

—Hola, Pepe. Yo también me alegro.

—¿Qué te pongo?

—Yo qué sé. Algo fuerte.

—¿Lo de siempre? ¿Un whisky?

—Vale. Escucha estoy pelado y...

No me dejó terminar. Para eso están los amigos, para entender sin tener que someterse a prolijas explicaciones. Es algo que agradezco porque al final te pones a tartamudear y se te queda la jeta de gilipollas, sin saber cómo acabar la excusa.

—No te preocupes, chaval. Te lo apunto para cuando puedas.

—Gracias, papi.

Cuando me encontraba con pasta, me pasaba por el local para cancelar mis deudas, pero a menudo tuve la sospecha de que a Pepe, o se olvidaba de apuntar mis copas, o me cobraba bastante menos de lo que yo adeudaba en realidad. En cualquier caso, siempre le dedicaba una sonrisa agradecida.

—¿Cómo te va? – (pregunta retórica, mientras se sirve el licor).

—Pse... – (respuesta retórica, mientras miras servirlo).

No sé cómo será en otros sitios, pero aquí, en el Foro, los camareros suelen ser generosos, confidentes necesarios como corresponde en una gran ciudad, donde el vecino te importa

---

un rábano y pegas la hebra, sin embargo, con el barrendero del barrio. Nadie conoce a nadie y el anonimato es un preciado bien que suele ajustarse a tu cuerpo como una buena gabardina. Se agradece y, de paso, te hace más delgado.

Los americanos se dejan la pasta para que un individuo con cara de panocha les escuche sus paranoias, mientras simula atender, aunque, en realidad, se esté tocando los huevos. Aquí, sin embargo, nosotros tenemos a nuestros pepes tras la barra del bar y, además, nos salen gratis.

Hoy, sin embargo, no estaba demasiado comunicativo.

—Aquel individuo del rincón ha preguntado un par de veces por ti. —dijo apuntando hacia el ángulo.

Me volví sin disimulo.

En una mesa sobre la que caía un haz de luz amarillenta, un tipo de rostro luctuoso me miraba con fijeza. A pesar de llevar el sombrero calado hasta los ojos puede reconocerle.

La verdad, me disgustó.

Trabajosamente, me incorporé y fui a su encuentro.

—Yoni... -me saludó sombrío.

Me dirigí a él con parsimonia. Saludé a un habitual que hizo un gesto afectuoso al pasar y me dejé caer en el sillón que tenía a su lado.

—Se te ve cada día más guapo, abogado.

—Eres muy gracioso.

—Ya. Una que creo que es tu hermana, coincide contigo.

Hizo caso omiso al sarcasmo y me miró con fijeza.

—¿Cuándo terminas el encargo?

—Hace una hora más o menos.

---

— ¿Ya?

— Sí.

— ¿Está muerto?

— Yo diría que bastante muerto.

— ¿Algún problema?

— ¿Te parezco preocupado?

— Está bien. Una vez comprobado que el tipo está mojama, recibirás tu dinero de la forma habitual.

— No esperaba menos.

Subió el maletín marrón oscuro hasta la mesa y lo abrió lentamente. Durante unos instantes rebuscó en la multitud de bolsillos y compartimentos del mismo y me tendió una fotografía.

— Tu próximo objetivo.

La tomé con curiosidad mientras apuraba de un trago la bebida.

— Pepe –grité a mi amigo- ponme otro a cuenta de este caballero tan amable.

Un tipo rollizo, de unos cincuenta y cinco o sesenta años y perfecta dentadura, sonreía desde el papel. Daba la impresión de ser feliz, de que la vida le cuidaba con esmero y podría parecer cualquier cosa, excepto desazonado.

— ¿Quién es?

— Cuanto menos sepas, mejor. Límitate a darle el pasaporte y no te preocupes de más. Los datos que necesitas están en el reverso de la foto.

Le di la vuelta.

Escuetamente, una dirección. Eso era todo.

— ¿Qué ha hecho?

---

—Según el juez, trafica con carne humana. Ya sabes, el procedimiento acostumbrado. Engaña a las tías con falsas promesas de un trabajo maravilloso y luego las prostituye, sometién-dolas a innumerables vejaciones y crueles palizas. Cuando las ha reducido a simples zombis, las liquida. Sabemos con certeza que ese ha sido el final de casi una docena de ellas.

—Si lo tiene tan claro, ¿a qué se debe que no lo hayan em-papelado?

—Lo de tantas veces. Una torpeza de la pasma, de la acusa-ción o vete a saber. Parece ser que han aportado alguna prueba ilegal y el juez se ha visto obligado a anular el proceso. El resulta-do es el de siempre: la libertad, a pesar de saber que es una rata.

Miré con detenimiento la dirección.

— ¿Dónde queda esta calle?

— ¿Quieres que te lleve?

—Sólo era una pregunta para agilizar trámites.

—Pertenece a una urbanización de la zona norte de Ma-drid. Se trata de un chalet con grandes medidas de seguridad.

—Ya. Y a continuación me dirás que se desplaza continua-mente rodeado de chimpancés con metralleta.

—Si te faltan huevos, puedes dejarlo.

Le miré a los ojos conteniéndome.

—No he dicho eso. Sólo pretendo saber a qué me enfrento.

—Bien. Debes moverte con cuidado. El tipo es peligroso.

—Gracias, hombre. Al final, casi consigues conmovirme.

No le hizo demasiada gracia la ironía porque se encogió de hombros e hizo un gesto anodino.

---

—Es tu pellejo. Si te ocurre algo, nosotros no figuramos en ningún sitio, como bien sabes. Estás solo. Deberías ir con cuidado para no llevarte sobresaltos.

Aquella displicencia no me sentó demasiado bien. Parecía como si hubiese querido amortiguarla al final, pero sonó demasiado impersonal, a un “que te jodan, tío”.

—Gracias, abogado, pero guárdate los consejos. A ti y al juez os importo lo mismo que vosotros a mí. Mato porque os faltan agallas para hacerlo y, a cambio, me pagáis por ello. Este negocio tiene algunas cosas buenas y otras más desagradables. No obstante, no me quejo porque la vida es así, como un enorme árbol que te cobija amorosamente de la tormenta, pero deja que te fulmine el rayo. Es así de hija de puta.

—Bien, yo no tengo más que decir.

—Para lo que has dicho, tampoco me has alegrado el día.

Me miró con gesto de cansancio y cerró el portafolio con suavidad.

— ¿Sabes? No es ocupación mía procurarte diversión. Ya eres lo bastante mayor como para hacerlo tú solito, mamón.

Le habría apretado el gaznate hasta sacarle la nuez por el cogote.

No hay que ser una lumbrera para llegar a la conclusión de que en este puñetero mundo todo es accesorio. O casi todo; vida incluida y dado que me toca hacer la parte más repugnante de la función, me cuesta mucho trabajo aceptar desplantes de un jodido correveidile. Lo único que pido es un poco de respeto. Y cuando te adentras en los dominios del lumpen, con mayor motivo. Es una especie de grasilla que le permite a uno deslizarse sin miedo al atasco.

---

—Escúchame, gordito. No conozco tu nombre ni sé de qué alcantarilla has salido, pero es probable que hasta que metas tus mantecas repugnantes entre las sábanas, se te haga el día muy largo.

— ¿A qué viene esto?

—Pues viene a que no me gustan tus modales, ni tú tampoco. Y si crees que tienes un permiso, que yo no te he dado, para tomarte ciertas licencias conmigo, debo aclararte que estás equivocado. El que esté desempeñando el papel de carnicero no te otorga un plano superior al mío; por lo tanto, elige tus palabras cuando te dirijas a mí.

El tipo tragó saliva, desacomodó el trasero del sillón de escaay, se levantó tocándose el ala del sombrero a modo de despedida e hizo mutis por el foro sin abrir la boca. Se acercó a la barra para rascarse el bolsillo. Soltó un billete y se largó sin esperar la vuelta. Con toda probabilidad iría rumiando un resentimiento que procuraría hacerme patente más pronto que tarde.

Le vi desaparecer tras la puerta de cristal, engullido por la oscuridad de la noche.

---

## 3

No sé cómo demonios pude caer en esto, cómo vine a convertirme en un matarife asalariado. Aunque me dedique a quitar basura de la circulación, un podrido hedor a sangre lo llevo pegado a mi sombra como una carta de presentación. Y si bien no alcanza la media docena los fiambres que soportan mis escrúpulos, es verdad que el asco llega a coagularse hasta parecer una especie de magma insensible que no pesa, no huele, no importa.

A ver, no quiero que se me entienda mal. Dar el pasaporte a estas excrecencias humanas no me crea grandes problemas de conciencia; no, señor. Y es que la mayor parte de las veces lo hago por pura deontología profesional. Me pagan y cumplo. Pero quiero que me comprendáis, que tengáis una ligera idea de que este tipo de cosas no las hago recreándome en la suerte, que no veáis en mí a un vulgar macarra de mamporro y trabuco.

Aún soy joven y, como suele decirse, con toda una vida por delante. Pero cuando las cosas se tuercen de forma inesperada y te encuentras en el arroyo, te aferras a la primera rama que parece echarte una mano desde la orilla.

---

La única diferencia fue que, en vez de rama, se trató de una pistola, o una navaja, o un fino cordón de nylon para segar tragaderas.

El caso es que hará un par de años tuve un pequeño problema con la justicia. Nada importante. Un madero de paisano que se propasó con una atractiva colegiala y le cogí por el cuello. Me detuvieron, me juzgaron y como carecía de antecedentes, me dijeron que me largara.

Pocos días después, un tipo trajeado y con cara de cerdo vino a verme a casa para soltarme un discurso que casi me hace llorar. Me habló de lo injusto que es el mundo con los débiles, de las ancianitas desamparadas, de no sé qué gilipolleces de Robin Hood y lo bonitas que son las mañanas soleadas cuando las ciudades se ven libres de las hordas de rufianes que atestan las aceras.

Luego me dijo que un togado no muy conforme con sus propias decisiones, contaba conmigo para hacer lo que ellos quisieran si tuviesen los arrestos necesarios. Me soltó un sobre con unos billetes como adelanto encima de la mesa y yo, que estaba en horas bajas y el estómago en el más absoluto de los desamparos, acepté sin caer en la tentación de ponerme a filosofar.

Fue fácil, aunque sintiese náuseas la primera vez. Pero no creáis que exprimir el hierro puede hacerlo cualquiera cuando no es precisamente un bote de tomate lo que tienes delante. Recuerdo que cerré los ojos y apreté el gatillo dos o tres veces, para asegurar.

Se trataba de un figurín con pinta de chulo, de los que suelen meterse un boniato en el calzoncillo para conseguir que su bragueta sea digna de veneración.